

Actualmente, Rentería está atravesando uno de sus mejores momentos en cuanto a realizaciones culturales. La Asociación de Fomento Cultural y su importantísima rama de Alcohólicos Anónimos, van desarrollándose extraordinariamente. Tanto es así, que ya ha iniciado la adquisición de un amplio local social que se espera pueda inaugurarse a fines del presente año o primeros del próximo.

Maravillosa labor la que están realizando y que, a juzgar por el importante número de donativos y ayudas que van recibiendo y por su cuantía, ha calado hondo en el sentir del pueblo.

• • •

Apuntaba hace dos años en esta Revista y bajo este mismo epígrafe, el problema de la falta de parques en nuestro pueblo. En honor a la verdad, es indudable que tal problema lo siente el Ayuntamiento y, prueba de ello es, sin duda, prescindiendo del aspecto arquitectónico del conjunto, la ejecución del nuevo barrio de Iztieta, en el que se consiguen ver (raro fenómeno en nuestro pueblo) amplias aceras, jardincillos, espacios libres, etc., criterio que le honra y prestigia, pues prepara en la práctica un futuro Rentería mejor.

Sin embargo, con la sola solución de las nuevas construcciones no puede conseguirse un conjunto deseable. Este criterio debería imperar en su totalidad, a fin de ir descongestionando, siempre que se presente una oportunidad, el abigarrado conjunto actual, y dotándolo, en lo posible, del máximo de espacios verdes.

Al fin y a la postre, no se intenta únicamente dar un bonito aspecto al pueblo, sino beneficiar con tal medida a la numerosa futura clientela infantil de los mismos.

• • •

Algún hado maligno ha debido de tramarla con los asientos de piedra de la Alameda. Todos ellos, pese al grosor de sus losas, están partidos, y pienso que, pese a la dureza de gemberril, si ésta fuera la causa de su rotura, disfrutaríamos de la desaparición de algunos de sus elementos; sin que así haya ocurrido ¿cuál es, pues, la causa?

• • •

Cada vez que contemplo el nuevo complejo industrial que se está montando al otro margen del río, pienso en el desarraigo completo de estas grandes empresas industriales al sentir de un pueblo, y en los problemas que en la mayoría de los casos, insolubles por muchas causas, les crean. Pienso en la desaparición de los antiguos márgenes del río (legales sin ninguna duda) y actualmente en su nueva obra, en el exhaustivo aprovechamiento del espacio ¿disponible?... ¿Era tan inevitable en obra de tan enormes proporciones la exigencia de rozar la carretera al extremo que lo hacen enfrente de Panier? Hoy que se tiende a ampliar las carre-

teras, calles, aceras, etc., se ejecutan obras como la citada que elimina la acera, reduce la carretera, etc., sin que, una vez realizado este mal tenga solución. ¿Caben más comentarios?...

• • •

Hay una rara especie de aficionados en nuestros pueblos a quienes nunca

creo que se agradece, ni lo suficiente ni el mínimo siquiera de su existencia y prácticas. Me refiero a los cantores. ¿Qué decir de su maravillosa y siempre pronta y fácil disposición de ayuda a cuantas ceremonias de todo tipo se realizan? Valgan siquiera estas líneas como homenaje a sus desvelos.

EDOZEIN



El túnel y la hierba

por J. ABAROAS

Pues sí, hace un año por estas fechas, estrenamos los renterianos un túnel. Y en verdad, un señor túnel.

Hay muchas clases de túneles. Unos son raquíticos, estrechos, pequeños, que terminan casi donde empiezan. Pero el nuestro, no. El nuestro es ancho, espacioso y hasta con curva, como debe tener todo túnel que se precie de serlo.

El túnel es de cemento, tiene buenas aceras y hasta puede quedar bonito cuando se terminen sus alrededores; pero el túnel encarrila, aprieta, ahoga. Con él, parece que Rentería está más profundo y es más sima que nunca, a la que uno se siente conducido por una fuerza extraña, sin posibilidad de escape.

¿Qué se hizo de aquella curva de la carretera antigua? Cuando por fin se remontaba la cuesta de Capuchinos, aparecía Lezo, pequeño y bonito, el último meandro del río y el campo verde. Al atardecer, los montes lejanos se volvían violetas y el perfil de la Peña de Aya era más nítido que nunca.

De anochecida, la torre de la iglesia de Rentería, con los relojes ya encendidos, semejaba un enorme capirote con un par de ojos amarillos.

Lo de que a un pueblo le pongan un túnel es frecuente. Y el que con dichas obras parezca ganar terreno la «civilización» y lo pierda el campo verde, no es extraño. Pero en Rentería hay, aparte de esto, una causa rara y muy particular, por la que lo verde apenas se da.

Llamo verde a esa hierba fresca y húmeda que habrán notado que su existencia en el casco de nuestro pueblo es efímera.

¿Qué motivos tiene esto?

Llegado el momento en que se ha superado la idea de que el hombre sólo necesita viviendas para vivir, se ve la urgencia de repartir tres o cuatro jardincillos por el pueblo para descansar, pasear o, al menos, tomar el aire.

Para ello se planta césped, se colocan unos cuantos adornos herbáceos, se ponen unos bancos y, en el colmo del derroche, una fuente.

¿Ha contado alguno de ustedes el tiempo que tarda en quedar solamente la fuente y los bancos?

¿Qué ha pasado con la hierba? Ni se sabe. A los pocos días de abrirse el jardín, verán una legión de críos pisándola y machacándola sin que haya guardia capaz de contenerlos.

¿De dónde viene a los críos de Rentería esa fobia contra la hierba? ¿Qué motivos tiene ese poder herboricida tan fantástico de que dan muestra? También se ignora esto.

La enfermedad es endémica, y la rapidez de contagio asombrosa.

Y ahora dejo yo una pregunta en el aire para que alguien la estudie, junto con las anteriores, con suficiente detenimiento, ya que aclararía muchas cosas. ¿Sería renteriano el caballo de Atila?